

¿Juana de Ibarbourou se entristece?

Santiago de Chile, 1923.

HAY en poesía un factor sin el cual —lo confieso— resbalan encima de mi sensibilidad todas las cualidades restantes: el encanto. Las cualidades que mi cerebro reconoce y aprueba desempeñan a mi ver el papel del brazo o la mano al poner la cuerda tensa y curvar el arco propulsor; mas el encanto es la flecha del poeta, la que viene a hincarse en el corazón y a hechizar el espíritu con el calofrío divino.

En general, mido la excelencia de un artista, sea cualquiera su género, por el encanto que en su obra tiemble y por la proporción en que ese temblor la traspase y anime de maravilla. Y si bien para con algunas artes permito a mi criterio cierta elasticidad, frente a la poesía me vuelvo inflexible. Porque el arte no imita; pondera. Porque cuanto más se aleje de la simple imitación y en la ponderación más suba, mayor será la pureza artística de una labor. Y, finalmente, porque en la poesía no caben grados. La poesía debe ponderar desde su origen mismo sus motivos, desde el choque primero de ellos con el espíritu del poeta; pues motivo o sujeto no han de ser en poesía sino el pretexto, y desaparecer en seguida para dejar a la concepción del poema volar sola, independiente, libre y pura.

Así, aun cuando un poema evoque y nada más el natural, lo hará como un lago refleja el paisaje: encantándolo. Y sólo a este milagro de encantamiento se llamará poesía.

Me gustaría definir aquí, discursivamente, el encanto. Pero resulta largo, tema de un ensayo. Y peligroso, ya que al intentar razonamientos sobre lo enrarecido, nos hallamos con frecuencia como la paloma de Kant: nos estorba el aire para mejor alzar las alas, y, suprimiendo el aire, el apoyo para subir nos falta. El encanto es... genio. He ahí todo.

Y he aquí también que ante la poesía de Juana de Ibarbourou, el analista se halla en primer término con el encanto, y ha de citarlo y anotarlo antes de entrar en pormenores. Esto quiere decir que la genialidad es su máxima condición.

Surgió en el Uruguay la voz de esta gran lírica y en el acto se impuso, y fascinó, tendió celajes nuevos en el cielo de América y trajo una tremolación desconocida a nuestras almas. Una alteza de tono, una voluptuosidad eglógica, una rusticidad elegante, una pompa sencilla y noble, una fresca voz de plata y un destellar de oro

claro en sus imágenes, manifestaron su «encanto» único en la lírica castellana. De improviso, con esa legitimidad del genio, que diríase que no nace, sino que existió siempre, ocupó un trono.

En atención a su temperamento frutivo, se la ha calificado ante todo de poetisa sensual. No se puede contradecir el aserto. Sólo que se hace preciso fijarlo en sus verdaderos términos, pues a tal punto suele por ahí llegarse en la definición, que aturdidamente se la entronca o une al recuerdo de su compatriota Delmira Agustini. Y no; ya en esto hay error, poca distinción de jerarquía y matiz.

Las poesías de ambas uruguayas, son en efecto, sensuales; pero en tono diverso y aun opuesto. Delmira Agustini tuvo como tónica o dominante de sus poemas la sensualidad del sexo, en cuya flama entraba con cierto prurito y se retorció en imaginaciones morbosas; y Juana de Ibarbourou suelta sus cinco sentidos, como cinco cervatillos, en ansia panteísta, ávidos pero castos, ardientes hasta el frenesí muchas veces, mas los cinco vienen a nosotros al cabo con la misma brasa encendida entre los cuernecillos: el sentimiento, limpio y natural. Con fruición, nos dan su presente de amor; y sus voces, sus olores, sus visiones, su tacto y sus paladeos nos hinchen de salud y juventud. Nada sabremos por ellos que no sea noble, sencillo y sano.

¿Recordáis este magnífico delirio de la Agustini? Dice:

«¡Y yo te amo, Invierno!
Yo te imagino viejo,
yo te imagino sabio,
como un divino cuerpo de mármol
[palpitante.
.....
¡Amémonos por eso!
Sobre mi lecho en blanco,
tan blanco y vaporoso como flor de
[inocencia,
como espuma de vicio...»

Pues en cambio esta limpia muchacha montaraz dirá rendidamente al amado:

«Y la suprema delicia
de la más casta impudicia:
dormir desnuda en tus brazos».

Esta noche, en desnudez dormida, en impudicia casta, va por cierto bien lejos de aquel «insomnio» de la Agustini, «que afebra noches negras, negras, que llevan en la frente una rosa de sol».

Podrían multiplicarse las citas para demostrar el yerro. Quien deseara emprender un estudio comparativo, encontraría cien casos, vería cómo la trágica Agustini espiritualizaba su fuego en el tormento y el delirio; mientras Juana, la espontánea y feliz, lo hace en el amor y aun en la candidez con poder frenético de plenitud solar y no con molicie de alcoba tapiada — «gruta de oro y gemas raras». — Radiosa e inefable, se dignifica en el sentimiento, vertiente de sus versos vehementes, pero sanos, que corren como el agua helada y clara en el calor de un mediodía campesino.

Para no apartarnos del libro causa del actual comentario, *Ratz salvaje*, atendamos a la nota más sensual que en él descubrimos, *Como la Primavera*:

«Como un ala negra tendí mis cabellos
sobre tus rodillas.
Cerrando los ojos su olor aspiraste,
diciéndome luego:
—¿Duermes sobre piedras cubiertas de
[musgos?
¿Con ramas de sauce te atas las trenzas?
¿Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan
[negras
porque acaso en ellas exprimiste un zumo
retinto y espeso de moras silvestres?
¡Qué fresca y extraña fragancia te envuelve!
Hueles a arroyuelos, a tierras y a selvas.
¿Qué perfume usas? Y riendo te dije:
—¡Ninguno, ninguno!
Te amo y soy joven, huelo a primavera.
Este olor que sientes es de carne firme
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera».

Y para no pasar por alto su obra anterior, citemos esto, lo más fogoso de ella quizás:

«Tómame ahora que aún es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Si Ud. desea un libro instructivo, al alcance de los niños, busque

De la vida de las plantas

por Juan J. Carazo. Vale \$ 2.00 el ejemplar. \$ 18.00, la docena. Solicítelo a REPERTORIO AMERICANO o Librería Tormo. En Heredia, al señor Inspector de Escuelas, don Remberto Briceno.